

LA UNIVERSIDAD EN UN CONTEXTO DE CRISIS, A DEBATE

‘Tasando’ la Universidad

JOSÉ S. CARRIÓN
UNIVERSIDAD DE MURCIA



El privilegio de ser universitario

GERMÁN M. TERUEL
DOCTORANDO EUROPEO DE INVESTIGACIÓN Y
EXPRESIDENTE DEL CEUM



Érase una vez el nieto de un pastor, hijo de albañil y ama de casa, que consiguió una cátedra en cierta universidad pública. Érase una vez un Estado competente para promover el esfuerzo intelectual al margen de la condición social. En esto, dicho Estado caducó y aquella historia formó parte del libro de los hechos insólitos. El catedrático soy yo, el Estado me temo que será España. Pues parece que nos pilotan hacia un arquetipo inédito para la Universidad pública: una reliquia que debe ser justipreciada si queremos evitar la ruina y el desacato. Tras las rebajas salariales y los despidos, la «realidad presupuestaria» impone ahora una nueva directriz técnica: la subida de las tasas universitarias.

En España, la reducción del déficit siempre se ha diligenciado por achique del gasto social. Sin duda, la Universidad podría resultar más barata. Bastaría con adelgazar la superestructura clientelista, dejando de ser rehenes de los poderes autonómicos para formar parte de una red estatal en la que se evitaran duplicidades y se facilitara la movilidad. Seguramente hay exceso de ‘cargos’ remunerados y demasiado esfuerzo por hacerse visible. Necesitamos también una catarsis de diagnóstico. Decía Castilla del Pino que no se puede vivir bien si hay algo que le impide a uno respetarse. Y la Universidad hace largo tiempo que pulsa en un silencio medroso –y cómplice– mientras algunos de sus hacedores de porvenir se desbandan procurando que los próximos diez años sean los mejores de sus vidas.

Paradójicamente, en las Universidades públicas españolas se dejan algunos de los mejores científicos del mundo en su especialidad, cirujanos que hacen de su trabajo un arte, profesores inspirados que construyeron vocaciones, escritores reconocidos y un sinfín de personajes anónimos diligentes, a menudo mal pagados, acosados e incomprensidos por jefes, gestores y compañeros indolentes. Mucho mérito y una valiosa diversidad profesional.

En algún lugar intermedio entre la ignorancia absoluta y la felicidad del nirvana autohipnótico, hay un punto donde el discernimiento puede resultar lacerante. Cuando leo a Nietzsche –«hay espíritus que enturbian sus aguas para que parezcan profundas»–, me da por pensar en cierta liturgia mercantil y me pregunto por qué un Banco siempre resulta ser «demasiado grande» para dejarlo caer, mientras resulta prosocial arrojar a las universidades a su destino monetarista. Conclusión que, corriendo tan deprisa delante de los problemas, también dejamos atrás las soluciones.

Es cierto que cada estudiante «sólo» paga el 16% de lo que cuesta su formación universitaria. Pero si nos preguntamos si debería subir las tasas universitarias es sencillamente porque estamos viviendo de forma tan equivocada que incluso ignoramos el modelo de sociedad que nos resulta deseable. El dinero es ahora la medida de todas las cosas. Pero ¿cómo se computa el estigma del paro?, ¿cómo hacerlo con cada ejercicio de búsqueda en un contenedor de basura un domingo por la noche, o con el tiempo que hay que dedicar a un hijo minusválido?, ¿cuánto perdemos cuando dejamos de ganar conocimiento para desarrollarnos como personas amables y compasivas?

Ningún problema será resuelto por recurso a las pautas de pensamiento que lo ha generado. No tengo evidencias de que la clase política haya sabido ni sepa lo que hace con nuestras universidades. Me resulta más bien evidente que no están preparados para pensar en términos de complejidad e incertidumbre, y que todos quieren congelar la historia a golpe de Planes. Así que, lamento pensar que una nueva subida de las tasas universitarias equivaldría a una nueva promoción del déficit social. Este es el estilo de hacer política: ya no consiste en actuar como vigía de las libertades sino como plataforma de oportunidades para las élites, mientras se impregnan de ética ciertos cuentos paternalistas sobre la austeridad y el esfuerzo. Si España no ha estallado todavía no es porque la situación no sea intrínsecamente explosiva, sino porque ha funcionado bien la publicidad en torno a la interpretación de los acontecimientos («no podemos hacer nada, las alternativas serán peores»). Es curioso que nuestros políticos se declaren técnicamente incompetentes ante los arrebatos de la economía de mercado, pero tengan unas habilidades tan notorias en financiación de campañas, manipulación propagandística, corrupción y acumulación de poder.

Eventualmente, la «deudocracia» ha conducido a los ciudadanos a vivir resignados en el escepticismo. Parece que nos sobran los sindicatos, las ONG y cualquier tipo de participación, también la política. No sé si podremos seguir permitiéndonos el lujo de tanta contemplación mientras el futuro sigue fluyendo desde nuestras manos hasta los recónditos escondites del Eliseo fiscal donde unos pocos favorecidos han alcanzado su victoria supraestatal. Pero la historia no puede ser congelada y por eso creo firmemente que volveremos a creer en la virtud de lo colectivo. Hagan lo que hagan los «mercados», esta creencia será mi consigna para los alumnos.

España en nuestro boom democrático ha vivido en un auténtico frenesí, del cual como la cigarra de la fábula venimos a pagar ahora, como consecuencia de esta crisis mundial, una particular factura. Algo de lo que las universidades españolas no quedan ajenas, sino que la sufren (y participaron) en primera persona como importantes actores sociales que son. La situación derivada en el ámbito universitario puede concretarse en tres fenómenos –esperemos que coyunturales–: 1) La universidad no tiene dinero para mantenerse; 2) sus egresados no encuentran trabajo –por otro lado, la generación más altamente formada de nuestra historia, después de un esforzado camino, se encuentra en la calle–; y, a pesar de esto último, 3) una altísima demanda de nuevas plazas por personas que, no teniendo otra ocupación, quieren al menos estudiar.

Desde luego la situación es compleja de gestionar y hay que distinguir medidas para «estabilizar» al paciente de otras que pudieran ayudar a afrontar algunos males estructurales de nuestra universidad, que se siguen manteniendo, reforma legislativa tras reforma –y con el Plan Bolonia aún peor– (desde la endogamia a la falta de competitividad, pasando por una masificación y pérdida de la calidad y excelencia propia de una institución de élite, con un sistema de financiación que hipoteca su autonomía frente a los gobiernos regionales, y un largo etcétera). En síntesis, como escribiera el Prof. Fernández-Carvajal, un «aldeanismo ramplón» del que cuesta que salga nuestra universidad. Por ello creo que debemos comprender que la recuperación a esta crisis «sistémica» no puede llevarnos al mismo modelo en el que nos encontramos.

Por lo que hace a la estabilización del paciente, parece necesario que haya que «recurrir»; la cuestión estará entonces en ser capaces de determinar lo accesorio de lo principal y de ver en qué medida hemos crecido en una burbuja que ahora hay que deshinchar, sin que ello se lleve por delante estructuras que son esenciales para el crecimiento de nuestra sociedad.

En este contexto comprendo que haya planes de austeridad que ajusten el cinturón, pero no puedo asumir que pasen por medidas como el cierre de bibliotecas o departamentos o la cancelación de becas de investigación (por cada asesor político se pagan dos o tres becarios...). Al final es cuestión de priorizar –también de ahorrar y no derrochar–.

Por otro lado, en ese frenesí hemos abierto decenas de universidades y sedes de «chichinabo» que no estaría mal empezar a fusionar –como con las cajas y bancos–. Creo que siempre será mejor una facultad de calidad, con un buen fondo bibliográfico, que

concentre a estudiantes y profesores de distintos lugares, con políticas de becas para su movilidad, que muchas «mini-sedes» localistas. Y para evitar despoblar territorios pueden distribuirse titulaciones –como se hizo entre Murcia y Cartagena–. De hecho, los nuevos másteres y doctorados podrían servir para empezar a escrutir este camino creando polos de especialización. Aunque para esto hace falta una política universitaria nacional de miras altas, basada en la excelencia y la competitividad, y sólidos sistemas de becas. También hacen falta recursos, aunque al final sería económicamente mucho más eficiente que mantener sedes y titulaciones duplicadas en cada rincón. Es un cambio de mentalidad: ¡Hay vida más allá del terruño propio!

La subida de tasas termina siendo un parche que carga a quienes menos pueden asumirlo. Cosa distinta es que se planteara una reforma en profundidad del sistema de financiación de las universidades, donde éstas se financiaran vía mercado –no de presupuestos públicos–, pero, nuevamente, con unas fuertes políticas de becas para los estudiantes. No estoy convencido de que encajara este modelo, pero todo debe estudiarse.

Y, por último, no podemos desconocer la masificación que viene viviendo la universidad española. Hemos pasado de que la extensión de la universidad sea un logro de nuestra democracia, a que se convierta en una tara que ha venido a devaluar –por inflación– la condición de titulado universitario. La formación post-secundaria se ha reducido prácticamente a la universidad y ello, en buena medida, ha denaturalizado y rebajado a esta venerable institución. Hoy día todo puede ser titulación universitaria y cualquiera, con escasa atención a sus méritos académicos, tiene «derecho» a entrar en la universidad. Los españoles debemos asumir que hay otras alternativas a la formación universitaria en muchas ocasiones más flexibles, adecuadas y económicas socialmente, pero que en nuestro país no se han sabido fomentar.

Es por ello que, en este momento de crisis, quisiera concluir con una llamada al «retorno de la universidad a su esencia» –más aún tras un envite como el supuesto por Bolonia–, y, en todo caso, recordar que el ser universitario constituye un auténtico privilegio, personal –al que todos tienen que poder llegar previa demostración de sus méritos académicos–, pero también social. Una universidad en cuya esencia está, como señalaba la vieja Ley de Reforma Universitaria (1983), no sólo la formación de profesionales, sino también «la creación, desarrollo, transmisión y crítica de la ciencia, de la técnica y de la cultura».